

LIBROS

TRES POETAS

Rubén Bonifaz Nuño

Por Luis RIUS

Escudriñar la propia visión o revelación interior de la vida para buscarle su recóndito sentido es el oficio de poeta, tal como Rubén Bonifaz Nuño parece entenderlo en este libro suyo (*Siete de espadas*, Editorial Joaquín Mortiz, Colección. "Las dos orillas", México, 1966). Explicársela para —necesariamente frustrado en ese imposible propósito— aniquilar la emoción revelada en cuanto tal emoción, fugaz, trémula, que se le torna desasosegante por inescrutable.

Porque el poeta no trata de sacar de sí mismo esas visiones interiores para dárselas a los demás. El lenguaje, en ese caso, buscaría claridad inmediata, fórmulas más o menos directas y llanas para que efectivamente tales visiones tuvieran la posibilidad de ser *vistas* por fuera, a la luz del día, como quien dice.

Ya se sabe que ese otro propósito: el de dar, sin más, la visión o vivencia interior no implica —por más que exija un lenguaje claro— simplicidad. La imagen que claramente se dé puede ser complicada a extremos de gran sutileza, puede ser sumamente connotativa, puede estar llena de sugeridor y definitivo misterio.

Gran poeta es el que logra dar una imagen de tal naturaleza, en permanente trance de vida. Podemos decir entonces de ese tipo de poesía que es clara y siempre misteriosa.

La poesía de RBN no es de esa especie. Dice, por ejemplo:

Celeste y cerrándose en la carne
sangrienta de la virgen, el suicida,
el más alto en el vuelo, puja
y a la caza da alcance. Arado y siembra,
generación de abejas, vientre roto;
macho entre todos, ya vacío
por el acto de amor, desentrañado.

Y al expresarse de esa manera, el poeta no intenta externar una vivencia erótica única, sino desmenuzar el misterio de dicha vivencia. Nos da, valiéndose de metáforas descriptivas, el motivo o la

situación donde se realizó y acabó, pero no la vivencia desnuda en su pureza.

Dice San Juan de la Cruz:

Tras de un amoroso lance
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Ahí la vivencia está dada en pureza porque la expresión se acopla a la honda emoción vivida en su estado mismo de emoción. A la tensión de la experiencia interna corresponde una tensión expresiva. No hay distensión ni de una ni de otra. No hay, pues, *re-visión* de la primera a través del lenguaje. Visión y lenguaje son uno solo.

En el caso de RBN la vivencia suya no pasa a ser nuestra. A nosotros pasa la interpretación o revisión que de la misma hace el poeta. Visión y lenguaje se hallan distendidos ya.

En el poema de RBN antes transcrito se está reproduciendo —no produciendo— un encuentro de la sensibilidad con el misterio. El lenguaje tiene la frialdad de la mediatez, no el calor de lo inmediato. Y lo que entonces permanece hermético del todo para nosotros es fundamentalmente la vivencia en sí misma, no la expresión alusiva a ella.

De este tipo de poesía podemos decir que es hermética e inteligible o descifrable.

La belleza que sin duda existió por un momento como revelación palpitante en la sensibilidad del poeta, en el libro de RBN se nos ofrece no en su estado vital de vibración, sino en quietud perfecta, muerta. Deliberadamente la ha matado el poeta para entregárnosla así. De ahí la peculiar emoción que nos produce: la de percibir cómo el amor y el erotismo —lo vital por excelencia— pueden transformarse sin más en breves signos de tinta, seca ya e inmutable para siempre.

Gran poeta es también el que puede darnos, como Rubén Bonifaz Nuño, la emoción de la belleza muerta.

José Emilio Pacheco

Por Rosario CASTELLANOS

¿Qué aprehende la poesía sino el instante que aspira a convertirse en eternidad? ¿Qué muestra sino la conciencia torturada por el transcurrir inexorable del tiempo que nos deteriora, que nos cambia de lo que éramos en lo que somos, en lo que vamos a ser? Nostalgia sin consuelo ante la certidumbre de lo irreversible. Nunca, lo dijo Heráclito, nos bañaremos dos veces en el mismo río. Tentativa, siempre renovada, siempre destinada al fracaso, de dar forma a lo que huye, a lo que escapa. Todos

los sentidos se concentran, todas las potencias intelectuales se afinan para captar lo que no existe, pero necesitamos que exista: *El reposo del fuego*.

Es ése el nombre del último libro de poemas de José Emilio Pacheco, la clave para penetrar en sus páginas densas de contenido, misteriosas a fuerza de claridad; el hilo de Ariadna para recorrer este laberinto en que quisiéramos tener la ilusión de que se avanza con el mismo paso con que se retrocede, pero la ilusión no la confirma ningún argumento, nin-

guna experiencia, ningún dogma. Ilusión, nada más, gentil narcótico, para decirlo en las palabras de José Gorostiza con cuyo linaje entroncan estos versos, perfectos en su forma, nítidos en su transparencia y vertiginosos en su hondura.

La primera frase es lapidaria: *nada altera el desastre*. Y el desastre es universal. Se cierne, se consume —y consume— a todas las criaturas que pueblan el universo. ¿Por qué si ésta es nuestra condición intrínseca no nos acostumbramos a ella, no la asumimos con la naturalidad con que asumimos la atmósfera que respiramos? ¿Por qué no hemos creado aún —después de tantos siglos de existencia— órganos que nos hagan habitable el planeta que sirve de escenario a nuestro tránsito, el cuerpo que funciona como vehículo de nuestro tránsito? La rebeldía, inútil pero no por ello menos terca, no deja de repetir que el destino humano es triste. En este ámbito, quizá, es donde la soledad se rompe y encuentra, a ciegas, a los otros.

¿Quién a mi lado llama, quién susurra
o gime en la pared
Si pudiera saberlo, si pudiera
alguien saber que el otro lleva a solas
todo el dolor del mundo, todo el miedo.

No se sabe, pero tampoco se ignora. Se presente, se intuye, se adivina una complicidad secreta que no alivia nuestra pesadumbre, pero que la agrega a la suma total del desolado concierto terrestre. Nada somos sino una *debilidad comunicada*.

Pero la comunicación se produce en un nivel no formulado por los vocablos, no alcanzado por la conciencia. El nivel en que las vísceras palpitan, segregan sus humores. El nivel en que el pantano bulle de innumerables vidas que no aflorarán jamás a la superficie, porque el idioma no es sino el tiro que no acierta jamás en el blanco, la promesa traicionada:

...no es esto
lo que quise decir. Es otra cosa.
Irremediable acotación: ¿qué signos
copiarán la premura, el desencanto?
Por no saberlo oír se me deshace
infatigablemente otro lenguaje.
No es éste no, corcel que en su jadeo
cubre de espuma la fatiga y cae
tras un furioso cabalgar en torno
de la palabra original, el Verbo
que a todo precedió. Conjuro, rayo,
al pronunciar el Nombre hizo que cada
cosa habitara una palabra: un mundo
que en su fluir encierra el universo...

Pero la inmensidad no hace sino multiplicar la angustia. Como un conjuro, acaso, contra ella José Emilio Pacheco vuelve la mirada al paisaje nuestro, a *la costumbre de nuestros ojos*. Lo que contempla no escapa a la Ley:

La ciudad, en estos años, cambió tanto
que ya no es mi ciudad...
...Ecos, pasos recuerdos destrucciones.
Pasos que ya no son. Presencia tuya,
hueca memoria resonando en vano.
Lugar que ya no está, donde pasaste,
donde te vi por último, en la noche
de ese ayer que me espera en las mañanas,
de ese futuro que pasó a la historia,
de este hoy continuo en que te estoy perdiendo.

Y de lo perdido no aparece ni lo que se persigue y se acosa y se cobra, como presa, en el poema. Porque su materia,